



La estratégica fuerza de los hechos

Héctor ANDREANI*

A propósito de *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, de Philippe Bourgois, 2da edición, Buenos Aires, Siglo XXI, 424 páginas.

1. Introducción

Una de las etnografías más potentes sobre marginalidad urbana es la que desarrolló Philippe Bourgois entre fines de la década de 80 y comienzos del 90, con su investigación *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem* (2015 [2003]). Teniendo en cuenta que la etnografía no se reduce a encuestas y textos, sino más bien a una perspectiva y una práctica de escritura situada (deliberadas elecciones de estilo en tiempos contemporáneos de la disciplina antropológica), comenzamos resaltando un aspecto que será recurrente en todo este trabajo: la *fuerza de las situaciones narradas* –como estrategia misma de narración-, evitando caer en otro tipo de estrategia –las situaciones narradas con fuerza-. Dicho de otro modo, describiremos un modo de escritura cuyo estilo deliberado no se reduce a una marcación propiamente estilística, sino que responde a una articulación coherente entre las relaciones establecidas al interior del campo, las elecciones morales del investigador en sucesos extremos, y la propia política textual que dé cuenta del proceso vivido (Quirós, 2014).

Nos sostenemos en las propuestas de algunos analistas: Marcus y Cushman (1998), Clifford (1998), Fonseca (2005) y Quirós (2006) cuando fuere necesario. Cabe una aclaración: mucho se ha debatido respecto del “giro lingüístico” desde la corriente discursivista de Marcus y Cushman, que tiende a mirar las etnografías como textos con determinados efectos y con autores solo atravesados por intereses demasiado instrumentalistas para lograr sus cometidos etnográficos. La posición aquí será explorar la política textual de Bourgois, pero en la idea de que texto, perspectiva y método (Guber, 2010) son indisolubles en el proceso etnográfico.

2. Argumento narrativo de la etnografía

Ya desde el índice, el libro se presenta como una etnografía singular, o en todo caso, como una anti-tesis antropológica: los nombres asignados a cada subtema, provienen más de una novela policial que de una etnografía (cuya estructura siempre se estructura en compartimentos separados de metodología, teoría, la etnografía misma, discusión, etc.). En este caso, cada subtítulo está pensado para una búsqueda rápida de un lector no-académico. Esta comunicación previa que reflexiona sobre su propio discurso y la intrusión calculada del etnógrafo, es característico de etnografías experimentales (cf. Marcus y Cushman, 1998: 185-187).

* Docente en la Tecnicatura en Educación Intercultural Bilingüe mención Lengua Quichua, de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (UNSE). Doctorando en Antropología (Universidad Nacional de Córdoba). Mail: hectoralfredoandreani@yahoo.com.ar

Bourgois comienza en su introducción haciendo un análisis sociológico cuantitativo y estructural de la realidad social de East Harlem, acentuando que su énfasis no estará en los usos de narcóticos sino en la dinámica profunda de alienación y marginación social (cf. 2010: 32); aclaraciones metodológicas para evitar caer en estereotipaciones de la pobreza, e intentará mostrar en todo momento “la relación entre las restricciones estructurales y las acciones individuales” (Ibid: 42). Por último, su etnografía tiene por objetivo problematizar las teorizaciones de Oscar Lewis sobre la “cultura de la pobreza” (1965), pero también como contraposición a toda la gran tradición funcionalista, describiendo temas tabúes para la misma antropología.

En el capítulo 1, Bourgois comienza con una confusión metodológica, que develaba el carácter racista en los problemas educativos del barrio: el caso de Ray y su analfabetismo. Posteriormente, describe en grado general los aspectos más violentos del barrio -como una entrada abrupta del lector al escenario-, su forma de “entrada” a la casa de crack, y las tensiones interétnicas por ser puertorriqueños. En el capítulo 2, Bourgois desarrolla un marco histórico consistente, para comprender las corrientes migratorias puertorriqueñas en Estados Unidos. Enfatiza el proceso de los “jíbaros” como sujetos rurales, la dura inserción en Nueva York en un contexto multicultural conflictivo en la primera mitad del siglo XX, la actitud individualista que acuerda con la ideología norteamericana del esfuerzo propio, el empobrecimiento industrial de East Harlem, y el surgimiento, reproducción y mantenimiento de espacios delictivos o de venta y consumo de drogas. El capítulo 3, se describen los movimientos de jerarquización y construcción de espacios y redes de venta de drogas, siguiendo la trayectoria astuta de Ray como empresario, los conflictos entre César y Primo respecto de los roles de cada uno; las responsabilidades laborales en la red obligaban a estos adictos a cuidarse más y consumir drogas menos nocivas. Este capítulo es especial en las estrategias desplegadas por estos muchachos para mantenerse en trabajos formales de gran ambiente xenófobo, y las estrategias de control laboral de Ray al expandir su negocio.

En el capítulo 4, se describen los modos conflictivos de ingreso al mercado de trabajo formal, con varios rechazos por parte de empleadores -todo en medio de vaivenes macro-económicos, y las inútiles estrategias estatales de motivación laboral. El capítulo 5 desarrolla la socialización temprana de estos dealers, tanto un contexto educativo sumamente conflictivo como en el contexto callejero, y el modo como van internalizando pautas sociales negativas propias de la calle dentro de la escuela. La descripción del autor enfatiza en un tipo de socialización que “prepara” a los jóvenes a insertarse dentro de un sistema de economía sumergida e informal, especificando los diversos modos de “ser” delincuente. Este capítulo pone de manifiesto las modalidades de violación colectiva a jóvenes por parte de Primo y César, y otras formas de sadismo. El capítulo 6 desarrolla las categorizaciones nativas sobre el rol de los sexos, y cómo las crisis del patriarcado se manifiestan en una mayor agresión sexual y en la violencia doméstica. La biografía de Candy, sumamente violenta, que después deviene en un rol laboral jerárquico dentro de la estructura dealer: una femineidad singular dentro de la economía sumergida. Otro punto son las estrategias desarrolladas por mujeres para lograr beneficios estatales, en un ambiente burocrático sumamente asimétrico y excluyente.

En el capítulo 7 Bourgois critica la perspectiva psicologista determinista que realiza interpretaciones individualistas hacia el perfil psicológico de los niños, a quienes ve destruirse en cuestión de pocos años, tanto en el ingreso al mercado dealer como en abusos sexuales (el caso de Jackie). Por otra parte, describe una “fuerza especial” positiva desde el barrio hacia los niños, y las categorías nativas de maternidad conflictiva dentro del barrio (caso de Rosa que fumó crack en todo su embarazo). El capítulo 8 describe el rol nativo de paternidad, desde la perspectiva de los dealers y sus conflictivas convivencias familiares en relación con su trabajo sumergido. La teoría nativa de César sobre la paternidad es un caso complejo de reproducción intergeneracional de la violencia doméstica. En sus conclusiones, Bourgois problematiza las ingenuas políticas estatales para combatir la pobreza, la falta de voluntad política para los múltiples dispositivos de despenalización de drogas, servicios estatales básicos, promoción agresiva del empleo en sectores populares y la formación educativa. El autor enfatiza que el rol de dealer es tan laborioso e idéntico al perfil laboral de un típico trabajador norteamericano.

Los tres epílogos que componen este libro, son acumulativos, y muestran las trayectorias de cada uno de los personajes, después de haber terminado el trabajo de campo. Si bien algunos dejaron la economía dealer, otros han empeorado su situación, a la par de la crisis progresiva del sistema laboral y socio-político de Estados Unidos en los últimos 15 años.

3. Análisis: la fuerza los hechos como estrategia

3.1 Experimentación y heteroglosia

James Clifford enumera varias características que forjaron el perfil clásico del etnógrafo: profesionalizar la figura del trabajador de campo; un tiempo razonablemente extenso de dos años (o menos) en el escenario de investigación; el énfasis en el poder de la observación; “atajos” de abstracciones teóricas muy influyentes que permitían “alcanzar el corazón” de una cultura más rápidamente -como la estructura social de Radcliffe-Brown-; la retórica *sinecdótica* de la etnografía, que se centraba en descripciones de alguna institución, y por analogismo se explicaba el funcionamiento de otras instituciones de la misma sociedad; y la totalidad representada de modo sincrónico -una instauración del “presente etnográfico”- (cf. 1998: 48-50). En el caso de Marcus y Cushman, describen varias estrategias “clásicas”: el afán totalizador estructurado enciclopédicamente; el autor narrando en grado cero; la supresión de personas concretas; marcadores de experiencia en terreno; la objetivación del punto de vista nativo sin problematizar su representación discursiva; la tipicidad de casos particulares, entre otros (cf. 1998: 178-183).

Assumiendo que toda etnografía porta su propia imaginería sobre su tipo de organización – que guarda relación con su representación con el trabajo de campo- (Ib: 187), a partir de Bourgois (exceptuando la profesionalización tradicional de la disciplina), su etnografía elude los supuestos clásicos, y se instala dentro de los parámetros de una etnografía experimental (Marcus y Cushman, 1998). Clifford alerta al lector sobre el proceso de *discursivización* de todo el proceso de trabajo de campo hasta que se convierte en etnografía; es decir, “el proceso de investigación ha quedado separado del texto que genera y del mundo ficticio que ese texto provoca” (1998: 60). Por eso resaltamos que la gran preocupación discursiva de Bourgois es cómo mostrar la realidad social percibida. Por eso decide narrar de un modo realista, y dejar hablar a las situaciones y personas con las que interactuó: su misma *fuerza situacional* será la que guíe al lector. Bourgois trabajará especialmente con sujetos de toda clase y formación del barrio. Se trata de una propuesta de observación metódica del etnógrafo que se contrapone a las interpretaciones interesadas de “informantes clave” que clásicamente eran autoridades nativas, y nunca se recurría a sujetos de estrato social más bajo (Clifford, 1998).

Para Claudia Fonseca (2005), la antropología de los últimos años ha invisibilizado la categoría de clase dentro de otras como género, raza o etnia, y ha generado otras formas de nombrarla, como “excluidos” (Ib: 123). Los conflictos-ansias que surgen metodológicamente en el proceso de etnografiar/ayudar a los pobres, confunden a los investigadores que creen hallar reacciones contrahegemónicas de los pobres en sus etnografías (cf. Ib: 124). Así, la etnografía es un prisma confuso que hacer ver resistencias reificadas por el investigador, reduciendo la población a sus aspectos reactivos, y negando aspectos endógenos de su historicidad (cf. Ib: 125). Fonseca propone evitar conclusiones rimbombantes; no reducir el abanico social a pocos casos, sino partir de descripciones densas hacia generalizaciones, articulando constantemente lo local y lo global (cf. Ib: 131); comprender el vocabulario etnográfico para entender los posicionamientos de los investigadores (cf. Ib: 132); y presentar las diferencias “sin reificarlas” (Ib: 133). En este sentido, la etnografía de Bourgois acuerda con la mayoría de estas propuestas metodológicas, pero posiblemente nuestro trabajo se centre en el tema de las reificaciones. Si las etnografías son, de algún modo, *fictio*, hay inevitables reificaciones en el proceso. Bourgois lo resolverá tratando de mostrar un escenario propio de la tradición realista (en términos narrativos).

James Clifford organiza una cronología respecto de un corpus de etnografías que conformaron el campo disciplinar desde 1900 hasta 1960; principalmente, Clifford se refiere a

estas etnografías norteamericanas y europeas como “intensivas” (1998, 42). La primera pregunta problematizadora de Clifford es: “si la etnografía produce interpretaciones culturales a partir de intensas experiencias de investigación ¿cómo es que la experiencia, no sujeta a reglas, se transforma en informe escrito autorizado (...) compuesto por un autor individual?” (1998:42). Frente a este dilema empírico que nunca consigue elaborar una trama completa de una sociedad, el etnógrafo recurre a estrategias de validación como autoridad de “verdad” sobre el terreno (cf. Clifford, 1998:43). Podemos ver en el trabajo de Bourgois un tipo especial de etnografía “intensiva”, que describe con minuciosidad las interacciones cotidianas. No es intensiva en el sentido totalizador de los “clásicos” (Marcus y Cushman, 1998), pero sí utiliza la cercanía a los hechos para poder describirlos según la tradición narrativa realista. Incluso podríamos inscribir a Bourgois dentro de una perspectiva interpretativista, en tanto que expone sus dudas respecto de lo que quiere construir como “texto” a partir de sus interacciones con los pobladores del Barrio. Esas dudas se reflejan en la dicotomía de lo que él quiere describir (la violencia social en las interacciones cotidianas marginales) y lo que se le aparece como discontinuidad de ese proyecto (por ejemplo, las reacciones psicopatológicas de César). La necesidad de ensamblar textos y verlos como “cultura”, lleva a Bourgois necesariamente a reconocer su deuda metodológica con la antropología posestructural (cf. 2010: 43).

Tomaremos comparativamente la etnografía de Julieta Quirós (2006): en ella, esto fue determinante para cambiar el foco de descripción-interpretación de lo que estaba percibiendo. La reflexividad de Quirós parte no sólo de su incertidumbre, sino de la sobreexposición de sus informantes con otros agentes académicos y políticos que saturaron las relaciones (anteriormente) para poder investigar en espacios piqueteros como movimiento desde fines de la década del 90. Quirós accede a un terreno *saturado*, con personas acostumbradas a “ser estudiadas”, lo cual la lleva a moverse con prudencia metodológica. Por eso Quirós preferirá centrarse en trayectorias de vida, agencias particulares (cf. 2006: 25), sin priorizar a los miembros más visibles (líderes, punteros, sociólogos, etc.). Este acierto de Quirós es coincidente también en Bourgois, aunque la diferencia temporal en trabajo de campo de cada uno permitió al segundo seguir la trayectoria de muchas personas de la red social donde se movían sus principales entrevistados. Nótese que Bourgois no se restringe a un “dirigente” nativo (Ray en este caso) sino que decidió seguir de cerca la trayectoria de otros vendedores de crack por debajo de la línea jerárquica.

La riqueza de discusiones y heterogeneidad ideológica mostrada en Bourgois, es un elemento que se contrapone a la tradición funcionalista. También esa heteroglosia está manifiesta en Quirós -al servicio de la argumentación- para problematizar estas dicotomías. Tanto en Quirós como en Bourgois la narración es una gran ejemplificación de sus respectivas tesis, pero esto no significa de ningún modo que sus etnografías estén al servicio de determinada postura teórica, como ocurría en casos clásicos como el de Evans-Pritchard¹ (1992 [1940]). La intención dialógica entre etnógrafa/entrevistados tiene por objetivo romper con el esencialismo que convierte a la imagen piquetera en una categoría social monolítica²; todo esto conforma una trama *compleja* (Quirós, 2006). Del mismo modo, Bourgois trata de superar constantemente sus juicios morales de clase -que lo conforman como sujeto social- mostrando la heterogeneidad de voces en East Harlem. Las graves dicotomías morales percibidas constantemente por Bourgois, producen en el lector generalizado la impresión de que, con cada capítulo, el etnógrafo está “descendiendo” constantemente hacia situaciones moralmente cuestionables, cada vez más tórridas o más ocultas; sin embargo, el último capítulo retoma la “paternidad” de los dealers como punto de llegada narrativa. El efecto de situación empírica del lector, es logrado por Bourgois no sólo por lo que describe explícitamente, sino por lo que decide *excluir* para que no sea publicado. Por ejemplo, pasajes “indudablemente pornográficos”, o situaciones muy

¹ Clifford hace este comentario sobre Pritchard (cf. 1998: 51).

² Por ejemplo, las dudas de una piquetera, las peleas en las asambleas, las auto-negaciones sobre “ser” piquetero, los contactos con los punteros y políticos municipales, los agentes del estado nacional, la toma del Centro de reuniones, las gestiones cotidianas, los recelos, y por supuesto, la contextualización de los diversos mecanismos del “don”, entre otros.

dolorosas donde una persona le pidió que eliminara una sección en el epílogo, “solicitud que desde luego atendí” (Ib: 375).

La evidencia etnográfica más importante -casi constante en todo el libro- para mostrar un efecto de realidad, es constantemente expuesta como recurso mediante la cita directa de los diálogos. En una nota de texto, Bourgois aclara que los diálogos fueron editados, modificados, tratando de mostrar cierta oralidad pero evitando sus recurrencias innecesarias para que la lectura sea más ágil. Siendo los diálogos –cuantitativamente- casi la mitad del libro, hay fragmentos de éstos que superan las dos páginas en muchas ocasiones (entre otras, pp. 104-110; 217-220; 247-252; 317-321). Esta estrategia es la sugerencia bajtiniana de Clifford: “Si se les acuerda un espacio textual autónomo y se las transcribe en longitud suficiente, las afirmaciones indígenas tendrán sentido en términos diferentes a las del etnógrafo que las manipula. La etnografía estará invadida por la heteroglosia” (1998: 71).

3.2 Reflexividad moral desde lo inenarrable

La reflexividad de Bourgois se autolimita (y en eso posiblemente esté su mayor logro etnográfico) en repensar continuamente sus juicios morales frente a las situaciones inmorales (principalmente de César). Por ejemplo, el caso de las “palomas quemadas” hacía sentir a Bourgois que su trabajo estaba peligrando, porque su libro sobre “el contexto social de la violencia cotidiana en las calles” estaba deviniendo en psicopatologías individuales (2010: 211). Bourgois podría hacer reflexividad respecto de su manejo del castellano puertorriqueño, o sobre determinado modo de escribir el libro, pero su reflexividad se centra sobre todo en el contacto moral dentro del dialogismo cotidiano de su trabajo de campo. De ahí derivan otras reflexiones, por ejemplo, con las políticas de representación de género: Bourgois asume que el silencio es, principalmente, el operador que legaliza el status quo sexista. De este modo, el autor decide procesar una política de representación de las mujeres en el texto, pero reconoce que nunca logró la confianza necesaria en ninguna de ellas, en la búsqueda de cierta equivalencia de género dentro del discurso etnográfico, cuando se refiere a la violencia sexual –como sí lo hizo con Primo y César-. Estos “momentos” de reflexividad intensa no son numerosos, pero sí se organizan como puntos *nodales* dentro del discurso etnográfico; de ahí nuestra consideración de que la reflexividad es un recurso discursivo con ubicaciones deliberadas, y cuyo eje se centra en cuestiones morales de contacto etnográfico mismo. Un ejemplo de estos “puntos nodales” de reflexividad es desde la introducción hasta la página 224, y de ahí hasta la página 232. Son “puntos” que funcionan como núcleos de tensión del relato. En este sentido, para un lector no académico –en el sentido de Marcus y Cushman-, la crudeza de las situaciones no se restringe a los personajes, sino al dolor del autor que escribe. Personalmente, consideramos que esta *reflexividad del dolor* personal, sea una de las imágenes más crudas de las etnografías contemporáneas leídas hasta el momento. Por ejemplo, otro de estos puntos clave es el problema del etnógrafo para procesar situaciones que lo sobrepasan: “el horror de ver a tantas madres en las casas de crack con sus hijos a cuestas” (Ib: 294). Ya en la introducción, Bourgois acierta con un golpe de efecto muy intenso, al anunciar que, en el desarrollo del relato, narrará su estupor al ver a mujeres embarazadas consumiendo crack; esto implica que “el lector no es alguien por ‘instruir’, sino un partícipe en la hermenéutica y discusión que organiza el etnógrafo” (Marcus y Cushman, 1998: 196).

Respecto de la posición del etnógrafo como colaborador de sus consultados, Bourgois en varias ocasiones manifiesta que intentó ayudar a adultos, jóvenes y niños de diversos modos: ya sea mediando con alguna galería de arte para los grafitis de un dealer, o llevar a los niños del barrio a los grandes museos de Nueva York. Este tipo de colaboraciones son mostradas de un modo que evite en todo momento la *intervención* negativa dentro de la exploración. Este tipo de “acciones” es más cuestionable en otros casos, como la crítica que formula Fonseca respecto de la narrativa denunciante de Nancy Sheper-Hughes:

“(…) de forma sistemática, ella apunta con el dedo del análisis etnográfico a quien sea culpable de esas atrocidades (...) En ese tipo de narrativa, nos induce a reconocer en la antropología un

símbolo de la sensatez humanitaria, pero aprendemos poco sobre el complejos juegos de fuerzas y las variadas sensibilidades que llevaron a la situación descripta” (Fonseca, 2005: 126).

Fonseca analiza otra etnografía de Bourgois para diferenciar el estilo no invasivo -en sus diálogos etnográficos- de las denuncias etnográficas de Wacquant y Sheper-Hughes (cf. Fonseca, 2005:130). Sin embargo, en *En busca de respeto...*, Bourgois aparece cuestionando las atrocidades relatadas por sus consultados. El único caso donde Bourgois describe desde un punto de vista de etnógrafo militante casi ingenuo (Fonseca, 2005) es cuando acompaña a Candy y Primo -quienes se besan parados sobre un charco de orina- mientras suben juntos el ascensor: en ese punto, el etnógrafo cierra los ojos para no ver nada a su alrededor, y agrega una frase muy impactante que connota toda la crudeza moral que está viviendo: se puso a “imaginar que el chasquido de su beso era el rumor lejano que presagiaba las luchas futuras por la emancipación de la mujer” (Bourgois, 2010: 271). Esta es una estrategia nueva para mostrar la fuerza misma de los hechos donde, simplemente, el etnógrafo decide evadirse y escapar de su misma narración, porque la realidad lo sobrepasa moralmente: solo desde allí, podemos valorar las decisiones del etnógrafo, no solo en las numerosas situaciones de reflexividad que lo obligan a construir “dato”, sino también en estas otras (como la del ascensor) donde no reflexiona nada, se queda quieto, impotente, la reflexividad directamente desaparece. Consideramos que, (junto con las escenas de las violaciones y la golpiza a niños discapacitados) la estrategia realista de Bourgois cobra su punto límite en sus capacidades descriptivas: en este caso, decide cerrar los ojos por la abrumadora realidad *inenarrable*. Pero Bourgois aclara que si aplicara silencio, sería una forma de legitimar esas asimetrías. Un ejemplo concreto es la indignación del etnógrafo frente a las anécdotas risueñas de violaciones colectivas a adolescentes; Bourgois directamente decide increparlos: “¡Enfermos! ¡Hijos de puta!” (Ib: 227). Esta estrategia problematiza la afirmación de Marcus y Cushman, quienes afirman que casi no hay etnografías que registren la odisea intelectual (moral, agregaríamos) del investigador, cuya trayectoria nunca se mostraría como una experiencia personal, sino que se oculta bajo el proceso de una pesquisa intelectual (cf. 1998: 204-205). Convengamos aquí que esta etnografía es un buen ejemplo de lo que significa “poner el cuerpo”, o desde una posición (ya no tanto perspectiva) donde se pone el cuerpo, el olfato, la sensación, la intuición, el juicio y el afecto (cf. Favret-Saada, 2013; Quirós, 2014). Y agregamos –ya en esta instancia- aspectos muy poco desarrollados que solo fueron vistos en etnografías donde la vida del investigador –como el caso de Bourgois- se ponía en juego; en ese ambiente, el miedo se conforma como un elemento fundamental en la construcción de “dato” de campo (cf. Feldman, 1991; Garriga Zucal 2012).

Una evidencia de esa reflexividad *moral* es la propia inclusión de Bourgois en los diálogos: nótese que sólo aparece cuando debe hacer alguna crítica moral a las actitudes cuestionables de alguno de sus consultados, sobre todo con Primo y César. Las intervenciones del etnógrafo parecen muy medidas y no son numerosas, pero son suficientes como para satisfacer a un lector generalizado, acerca de preguntas cuestionadoras que éste se haría a sí mismo si estuviera grabando a Primo o César. En otras palabras, Bourgois aparece preguntando –increpando- justo cuando su lector haría exactamente lo mismo, frente a situaciones moralmente extremas con sus entrevistados. Consideramos que es sumamente eficaz como forma de satisfacer cierta pulsión de lectura que quiere “entrar” el escenario narrado, del mismo modo en que un lector literario “hablaría” solo mientras lee, cuestionando alguna actitud de un personaje novelesco.

Cabe agregar que Bourgois jamás organiza su reflexividad desde una óptica “discursivista” –es decir, como una estrategia de trabajo discursivo que sólo sea interpretada por lectores académicos o especialistas en etnografías (esto –aparentemente- lo ubicaría confusamente en la corriente académica posestructuralista más superflua) sino que se presenta como un hombre con las mismas consideraciones morales que un lector de clase media, respecto del bien común, el buen trato, la amabilidad, la no agresión, el respeto de género, la inclinación al trabajo, etc. En fin, valores occidentales que Bourgois no necesita problematizar, puesto que no estudia a los *dealers* para problematizar *esos* valores. Precisamente, esta actitud moral está reflejada en su propio discurso de *reflexividad*, sin complicaciones ni estilos técnicos abrumadores. La estrategia de Bourgois (en todo caso, producida merced al proceso de investigación mismo, y

aquí está una de las claves de su propia política textual) es mostrar con evidencias que los vendedores de crack no se diferencian del típico imaginario capitalista norteamericano. Otra estrategia que brinda mucha legitimidad es el tiempo empleado en el trabajo de campo: son pequeños instantes de reflexividad -menos intensa que la moral- donde Bourgois se rectifica sus hipótesis respecto de algún personaje, mediante un recurso de explicitación del *tiempo en trabajo de campo*. Por ejemplo, “me llevó 2 años entender la inseguridad que había detrás de los gritos autoritarios de Candy” (Ib: 232).

3.3 *Discusión y posición disciplinar*

Bourgois en todo momento articula explicaciones estructurales con explicaciones que se basen en situaciones contextuales del barrio. Un momento clave (que delata los aportes atentos de Bourdieu a *En busca de respeto*) es el comentario que realiza Bourgois respecto de Ángel -cuando éste era niño, y veía cómo uno de los novios de su madre la golpeaba salvajemente-. Bourgois interpreta este hecho de un modo que, discursivamente, se dirige a un lector no-académico pero, en términos más técnicos, nótese que está describiendo el mecanismo del *habitus* social en un niño, sin nombrar jamás el concepto de *habitus* en todo el libro:

“Estas manifestaciones inocentes de vulnerabilidad demostraban con claridad la dinámica siniestra mediante la cual las víctimas más jóvenes interiorizan las estructuras sociales dominantes, a tal punto que llegan a transformarse en cómplices de su propia destrucción” (Ib: 278).

De igual modo, en los comentarios finales, Bourgois solicita cierto permiso para nombrar conceptos foucaultianos “académicos”: *gubernamentalidad* y *biopolítica* (Ib: 369-371). Desde la lógica textual de su etnografía, destinada a un público amplio, Bourgois problematiza la perspectiva crítica foucaultiana respecto del poder normalizador del control médico estatal en los cuerpos, puesto que observa a sus consultados cada vez más peligrados en su integridad física, producto de ineficientes mecanismos sanitarios-estatales, y esto por la caída del Estado de bienestar. Esta problematización no es en Bourgois una crítica lapidaria ni mucho menos, sino una adecuación teórica a un terreno social concreto; es decir, una estrategia de argumentación antropológica frente a otras ciencias sociales.

En resumen, la función *pedagógica* del libro de Bourgois se dirige a un público más amplio que el académico, utilizando las siguientes estrategias: tomar conceptos teóricos complejos, describirlos haciendo un rodeo sin nombrarlos jamás³, y problematizarlos en función de incontables páginas de cruda descripción etnográfica. Consideramos que esta estrategia es una propuesta concreta de apertura lecturaria de textos antropológicos a un público masivo.

Hay situaciones que Bourgois debe interpretar, pero a toda costa decide desechar marcos teóricos psicológicos. Por ejemplo, en el caso del embarazo de María (Ib: 286), Bourgois lo explica como la necesidad de evasión romántica de la realidad en que vive, o el rol de madre como un motivador psicológico para seguir viviendo y mirar positivamente hacia el futuro. Esta explicación parece limitada, pero deja al lector que complementa con su propia interpretación, a partir del testimonio directo de María.

Algo curioso es el uso de sus notas de campo con etnografías y crónicas de la década del 20 y 50 como muestra de la continuidad de la reproducción cultural en el barrio. ¿Cuál es el objetivo de mostrar esa similitud? Bourgois no interpreta jamás su propia estrategia discursiva, pero le sirve eficazmente para *evidenciar* una estructura de violencia simbólica como *continuum* cultural. Desde esta mirada el libro se dividiría en dos partes: la singularidad social (East Harlem) está manifiesta en todo el libro, mientras que la reproducción de la dominación permanece ciertamente inalterable, mediante dicho recurso de comparación entre etnografías del

³ Exceptuando los conceptos ya nombrados de Foucault y la *dominación simbólica* de Bourdieu, Bourgois jamás nombra otros conceptos en toda su etnografía, pero en sus descripciones dirigidas para un público general, deja huellas pensadas para la lectura académica.

pasado y del presente. Bourgois, de este modo, muestra una posición estable entre los estudios sociológicos bourdianos y la tradición etnográfica apoyada en la singularidad del contexto sincrónico que explora⁴. Lo único que Bourgois muestra como un marco estructural positivo en East Harlem, son los patrones culturales residuales de la sociedad puertorriqueña, que permanecen en algunas prácticas cotidianas y en algunas situaciones de resolución de problemas. Lo demás (es decir, los patrones socioculturales norteamericanos) es la base estructural de su destrucción cotidiana: “las madres se han rendido ante las condiciones que les ha impuesto la historia” (Ib: 298):

“Inmerso en el calor de la vida en El Barrio, [Bourgois] sentía una confusa ira hacia las víctimas, los victimarios y la rica sociedad industrializada que logra engendrar tal nivel de sufrimiento (...) en numerosas ocasiones me vi a mí mismo recurriendo al estructuralismo más rígido como un método para apartar la vista de las personas que se autodestruían en su lucha por sobrevivir” (Ib: 47)

Vista esta reflexión del etnógrafo, el concepto de *agencia* (tal vez el único que cruza todo el relato, con partes significativas donde se la nombra explícitamente) es puesto en cuestión en todo momento. ¿Dónde y cómo encontrar agencias en un contexto tan alienante? parece preguntarse Bourgois a cada momento. Basándose en una suerte de *continuum* cultural (con transformaciones estructurales profundas, pero parcialmente intactas como valores) Bourgois rescata dichos patrones culturales puertorriqueños, aquéllos que enfatizan cierta búsqueda de respeto con forma de inclusión social -por ejemplo, la resignificación nativa del puertorriqueño “jibaro, como forma de oposición al poder central de Nueva York” (Ib: 302). En otro ejemplo muy diferente, Bourgois describe una “fuerza especial” que tiene el barrio respecto de la infancia, y el énfasis puesto en la bendición callejera de la gente a los niños (Ib: 276). Y en otro caso “estructural”, Bourgois demuestra cómo estos dealers intentaban conformar una familia estable cuando conseguían trabajo formal (cf. Ib: 317), los sueños de paternidad (Ib: 322) o el ideal en una joven, Candy, de tener numerosos hijos (Ib: 330). En términos de Barth, “no son simplemente cambios impuestos sobre la población, pero sí [son] respuestas activas de las personas a los cambios dramáticos de las circunstancias” (2000: 182).

Si bien los testimonios refieren pocas veces a la cuestión del *respeto*, Bourgois aclara que lo escuchó en numerosas ocasiones. Más allá de que Bourgois defina el respeto como una estrategia basada en antiguos parámetros culturales de la comunidad puertorriqueña, reactualizadas en la necesidad de *salir adelante* vendiendo crack, también es posible ver el *respeto* como un acto de interpretación dirigida al lector, un concepto-enganche que deberá reconstruirlo en todo el *proceso* de lectura, mediante el seguimiento de las trayectorias vitales de cada sujeto: el principal indicio interpretativo y la principal cifra antropológica es, precisamente, el título del libro..

4. Bibliografía

- Barth, Fredrick (2000). “Por um maior naturalismo na conceptualizaçao das sociedades”. En: *O Guru, o iniciador e outas variaçoes antropológicas*. Contracapa: Brasil.
- Bourgois, Philippe (2015). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2da ed.
- Clifford, James (1998). “Sobre la autoridad etnográfica”. En: Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Evans-Pritchard, Edward Evan (1992). *Los Nuer*. Barcelona: Anagrama. 2da ed. castellano.
- Favret-Saada, Jeanne (2013). “Ser afectado”. En: *Avá*, N° 23.
- Feldman, Allen (1991). *Formations of Violence. The Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*, Chicago: University of Chicago Press (Capítulo I – Artifacts and Instruments of Agency).

⁴ No es coincidencia que parte de los lectores-correctores de esta obra sean Wacquant y Bourdieu.

- Fonseca, Claudia (2005). "La clase social y su recusación etnográfica". En: *Etnografías contemporáneas*. Año 1, N° 1, pp. 117-137.
- Garriga Zucal, José (2012). "Josecito... te van a cagar a pinas". Miedo y sentido común en el trabajo de campo". En: *Estudios en Antropología Social*, Vol. 2 - No 1 – pp. 15-24
- Guber, Rosana (2010). *La etnografía. Campo, método y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lewis, Oscar (1961). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marcus, George y Cushman, Dick (1998). "Las etnografías como textos". En: Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Quirós, Julieta (2006). *Cruzando la Sarmiento: una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*: Antropofagia.
- (2014). "Etnografiar mundos vívidos: desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología". *Revista Publicar*, Año 12, N. 17: 47-65